



Aarón, el intérprete

Ivonne Saed*

CRUZAMOS LA LÍNEA. SE QUEBRANTA LA FRONTERA y la transfiguración es inminente. A partir de ahora el ente colectivo ha mutado sin posibilidad de regreso. También cada uno se ha transformado. Cada individuo era uno; ya es otro. Cada cual era uno solo, siempre solo, siempre único; ahora es apenas una parte. Pero no apenas, es la parte. Soy esa parte del ser gigante que sufre la metamorfosis; me modifico, nos modificamos y se verifica la transposición del grupo. La masa de individuos por momentos pierde un miembro que desprende su pensamiento del resto, se separa, reflexiona y mi mente pasa a las imágenes evocadas por mi abuelo tantas veces y refiguradas en mi memoria de espectador. Por primera vez el espacio de ficción se materializa y por fin entiendo que la fantasía es incapaz de superar a la realidad. Sonríe al caer en la trampa del lugar común y vuelvo a transmutarme en la parte del gran ser que me corresponde; que le corresponde porque hoy el individuo pertenece a ese ser y sólo a él, porque le atañe; le corresponde porque el grupo, que es uno mismo, lo recompensa, retorna a sí, lo complementa, lo contiene. Pienso en el concepto de lugar común; me pregunto por qué lugar si no se refiere a un espacio y mi cerebro regresa al origen del sentido de lo que me rodea, al origen de este tiempo sostenido: estamos en el lugar que hace mucho menos de un siglo fue común a tanta gente, personas que quizás ni siquiera en mente se podían separar, distinguir unas de otras, individualizarse. En Auschwitz la masa era tan compacta y el dolor tan grande que cualquier expresión para describirlo caería en el lugar común, en el lugar donde todas las palabras significan apenas un poco más que nada, porque no tienen el poder de traducir la realidad. De la línea que nuestro ser gigante está cruzando en adelante está el lugar común que a la vez es legítimo hasta lo afortunadamente irreplicable.

A lo largo de esta frontera que transponemos se ve la línea de delgadísimas hojas de pasto horizontales, acostadas, aplastadas; algunas – las más dañadas por la presión de la reja – lucen un verde más intenso. Su pulpa, su savia vital ha sido exprimida y ahora esperan pacientemente a que la madre naturaleza las haga integrarse como microscópico abono dentro de la tierra. Son miles, millones de pequeñísimas partículas de pasto encimadas, hacinadas, embarradas unas sobre otras, como repitiendo en miniatura la historia que un día atestiguaron y que las palabras no logran contar. Cruzamos la línea pisando el césped, aplastando las hojas. Veo bajo mis pies la marca que hoy separa el



camino del campo y que antes separaba la libertad del terror: la marca que se solía traspasar una sola vez, en un solo sentido y sin regreso. El tiempo se extiende como banda elástica mientras pasamos de un lado al otro. Un mar de gente somos quienes marchamos en silencio, y aunque no podemos cruzar a la vez en una sola línea, aunque toma varios minutos para que finalmente todos estemos dentro, el evento sucede en un instante simultáneo; la unidad que formamos tiene la fuerza de convertir cualquier lapso en un parpadeo y es como si su transcurrir se relativizara y expandiera en la medida que la multitud lo necesita para ser un cuerpo único. Nuestra mente común sincroniza todo lo que hacemos y el tiempo es una ola que nos recorre y nos mantiene suspendidos a capricho.

Marchamos. El instante se libera del suspenso y ya estamos todos adentro. Una minúscula masa de flores silvestres trata inútilmente de escalar la reja que aún rodea el campo de concentración; quieren escapar del abono siniestro que las alimenta. En su imposibilidad, quedan estampadas en el ángulo recto que se forma con la tierra, adornando las púas más bajas. Ya hemos traspasado el umbral, estamos del otro lado, en el lugar común donde quedaron las cenizas, el sitio donde las partículas que un día fueron hombres y mujeres se transfiguraron en una sola columna de humo que a su vez, como nosotros ahora, también transgredió las leyes del tiempo conocido; una columna de humo que hizo de tantos meses continuos un instante detenido en la memoria; una masa quemando su cuerpo, un ser completo y enorme consumiéndose. Ellos, como nosotros ahora, fueron uno, en el fuego y en el aire: una nube, un indicio apenas, una mente. Nosotros somos muchísimas almas con un sentimiento singular. Yo paso intermitentemente del pequeño individual al individuo gigante que integramos juntos, mientras mi mente, obstinada, me retiene a ratos en mí mismo y a ratos se libera para disfrutar la sensación única e irrepetible de ser parte del todo.

Cruzamos la línea con un claro objetivo, venimos a constatar lo que tantas veces y en tan diversas versiones escuchamos. Estamos aquí para dejar nuestra energía reunida, para evitar secuelas; marchamos como un gigante para que cada paso haga retumbar la tierra; caminamos con la contundencia que no da lugar a dudas, con la certeza no sólo de seguir existiendo, sino de existir con esta enorme fuerza. Nos transportamos con paso unánime sobre el suelo en que, en otro tiempo, nuestros antepasados apenas marcaban con sus pies por la levedad de sus cuerpos: su huella era menos profunda que el tatuaje que llevaban en el antebrazo.

Más allá de la reja la mutación continúa, el alma se corroe y cada uno apenas recuerda quién es. Los sucesos del pasado se traducen en ficción de la realidad,



la crudeza y lo simple se mezclan con una naturalidad desgarradora. El campo transmite una tranquilidad fantasmal y el silencio está lleno de sollozos secos; y es que esta tierra no necesita ni merece la humedad: no estamos aquí para dar, ni siquiera lágrimas. Estamos para interpretar, para traducir, para hacer una nueva figuración del mundo con materia viva; redefinimos nuestra visión para llevarla puesta y presentarla a nuestros sucesores. Tratamos de devolver esta visión a su origen en un círculo que ya no encaja ¿vórtice o espiral? La interpretación no puede cerrar el círculo, nada podría hacerlo. El ser colectivo traduce sin configurar porque faltan los narradores, faltan los actores; al cruzar la línea reinventa lo que puede, y aunque físicamente el espacio es el mismo, la catarsis lo convierte en nuevo. Interpretamos constantemente, refiguramos en esta mente colectiva las historias tanto escuchadas; a un mismo tiempo recibimos y otorgamos un legado a manera de herencia en doble sentido: ascendente y descendente. Cruzamos la línea y damos media vuelta de tuerca, quedamos del otro lado del umbral pero aún no podemos hacer habitable el punto de partida. Quebrantamos la frontera, la marcha es en silencio; nos detenemos, pronunciamos un *kadish* y perdonamos. El ser gigante perdona pero no olvida. Al otro lado de la reja, afuera, sosteniéndose en la alambrada, una mujer llora.

* * *

Hoy cumplo cincuenta y cuatro años. No de edad pero sí de vida. Esta no es ni siquiera la fecha en que nací, pero es la fecha que marcó mi destino, la fecha en que tomé la única decisión que me permitiría hoy poder decir lo que estoy diciendo, decir algo, hablar. De no haberla tomado, no existiría, estaría muerta y alguien más estaría tratando de descifrar mi vida como una ínfima vida más, truncada casi en su inicio. Hace cincuenta y cuatro años decidí saltar desde un tren hacia el vacío cuando ya estaba yo en el aire. Y es que sólo así podría haber saltado. No había terminado de formular la cuestión cuando la acción consecuente ya estaba en marcha. Gracias a eso estoy aquí. Debido a eso soy tan irreflexiva y actúo siempre bajo las leyes del impulso inmediato. Esa decisión tomada en el instante posterior a su acción marcó mi vida, me dio vida. Hace cinco décadas y media salté del tren que iba a Auschwitz y jamás volví a ver a ninguno de los cientos de pasajeros que viajaban conmigo. Tenía dieciocho años – el número de la vida, dicen – y en efecto, viví.

Es la tercera vez que me paro frente a esta reja. Lo he hecho cada dieciocho años desde entonces y, si aún estoy viva y tengo fuerza, lo haré de nuevo al llegar el tiempo. He retornado a este mismo punto siguiendo un ritual de exorcismo supersticioso. Es muy probable que si nunca hubiera vuelto, mi vida sería igual, pero esta acción libre, periódica y recurrente me mantiene en contacto con lo



que ahora soy; me recuerda que otra acción libre como ésta me permitió llegar al momento actual. Al regresar a Auschwitz cada dieciocho años me permito tomar una distancia objetiva con el lugar y las atrocidades que albergó; sólo volviendo sé que existió, sólo volviendo podría impedir que exista de nuevo.

Camino a lo largo de la alambrada y veo por tercera vez lo que no vi hace cincuenta y cuatro años: un campo extenso y vacío, casi mineral; una naturaleza muerta aún aferrada a la tierra. Minúsculas flores moradas y amarillas se empecinan en desplegar sus pétalos puntiagudos entre púas afiladas, formando una hilera mimética y fronteriza; son el único indicio de vida. Al andar toco la reja electrificada que ahora también está muerta e imagino a los que se abalanzaron a voluntad sobre ella y a los que atrapó en contra de sus deseos. Lo demás es campo abierto, morada de fantasmas enclaustrados entre las bardas. Otra realidad.

Igual que hace dieciocho y treinta y seis años, manejé durante una hora para llegar aquí por una carretera cuyo derredor nunca he podido describir. Al recorrerla mi espíritu sufre un trance y es como si mis sentidos clausuraran sus puertas al entorno; desconozco las formas, los sonidos y los olores del paisaje. El camino que va de mi casa a Auschwitz es un limbo en el que uno va dejando todo lo superfluo para llegar al sitio apenas con lo esencial. Mi memoria actualizada al día de hoy, mis experiencias y vivencias de los últimos tiempos escasamente contaminan el surgimiento espontáneo de historias paralelas que por sí mismas emanan del campo de concentración. Mi mente se llena de información recibida en retazos y voy reconstruyendo los hechos en este cuaderno. Camino, toco la reja y escribo. Estoy sola. El viento anida las voces fantasmales y con su fuerza guía mi mano sobre el papel. Las voces se escriben por sí mismas; no escriben lo que recuerdan, escriben lo que son. Su condición de espectros las mantiene al margen del tiempo, y a través de su eternidad constante, escriben y recrean su historia por medio de mi pluma. En su perpetuidad han contado los hechos tantas veces que su narración es casi perfecta; tanto, que parece más creación artística que vivencia, más ficción que realidad. Ningún relato se repite; cada experiencia que escribo es única y distinta a pesar de ser común a todas las demás en cuanto al horror y al miedo, en cuanto al lugar. Este sitio es el lugar común y legítimo para el nacimiento de las palabras que ahora escribo en *yidish*, no por decisión ni por preferencia, sino por ser el idioma de los fantasmas. Fuera de los límites de estas páginas el *yidish* quedó anulado de mi léxico hace cincuenta y cuatro años: su exilio me permitió sobrevivir. Desde entonces no lo he vuelto a pronunciar; no lo he leído ni escuchado ni escrito, salvo por lo que aparece en estas páginas. Y sin embargo, lo que escribo ahora fluye con la naturalidad de las palabras aprendidas en la más temprana edad, con la facilidad de lo cotidiano, incluso a pesar de ser ésta



una lengua muerta. Por eso sé que nadie leerá esto jamás. Después de mi muerte, alguien lo encontrará, infructuosamente tratará de develar el sentido de los signos fonéticos tan conocidos y no habrá traductor que logre franquear la barrera impuesta a su contenido. En el mejor de los casos, este cuaderno quedará en un museo de rarezas de fin de siglo; en el peor, se convertirá en cenizas como los cuerpos de los fantasmas que lo escribieron. En ambas posibilidades el círculo quedará abierto: las palabras quedarán sin ser leídas, no habrá refiguración del relato y la historia no tendrá más remedio que repetirse en algún momento para volver a ser contada. Morirán millones de personas más sólo para escribir su sacrificio, hasta que la narración llegue al lector de otro tiempo; ése que tenga la capacidad de aprehender lo que hasta hoy no ha sido entendido, ése que con su comprensión se mimetice con los acontecimientos relatados y experimente la catarsis, devolviendo al mundo una nueva versión de su potencial.

Estoy parada cerca de la entrada al campo, transcribiendo el dictado de las voces. De un momento a otro cambia el contenido y ya no reconozco más a los fantasmas, como si se hubieran transfigurado en seres actuales y, a la vez, idénticos a sí mismos. Su discurso ha cambiado; ya no cuentan, preguntan. Sus cuestionamientos son incoherentes: parece que no pertenecen a este sitio, como si nunca hubieran estado aquí. Dejo de escribir. Levanto la cabeza y me recargo con ambas manos sobre la alambrada para ver mejor y para no caer. Estoy llorando con ojos secos. Entre las palabras en *yidish* se mezclan frases en muchas lenguas que de pronto se unen en una sola voz en hebreo, una oración: *kadish*.

* * *

Aarón estudió en la *Yidishe Schule* desde que era un infante, mucho antes de tener uso de razón. No sólo no recuerda cuándo ingresó en esa escuela: tampoco recuerda el aspecto del plantel, el tamaño de su salón ni el color del edificio. Sabe que era en la Colonia del Valle porque así se lo han contado siempre, pero como solamente estuvo un año ahí, no visualiza nada de lo vivido. Después se cambiaron a las nuevas instalaciones a unas cuabras de su casa. Entonces, mientras él iba cobrando el uso de la razón más temprana, aprendió a reconocer las calles del camino con el frenar del autobús escolar en cada tope y en cada casa de los demás niños que lo abordaban. Era el ritual de cada día: salir con su mamá en las mañanas gélidas de Cuajimalpa, abrigado hasta el pelo, a esperar el autobús repleto de niños tan abrigados y despreocupados como él. Era la frontera entre la sobreprotección y la diversión. En el trayecto se llevaba a cabo la temporal conversión cotidiana. Al llegar al colegio él, como cada uno de sus compañeros, era otro, distinto e independiente del que unos minutos antes, en la esquina de su casa, se frotaba las manos para



mitigar el frío. Y es que la transformación no podía aplazarse: la primera clase de la mañana era *Yidish* y era necesario hacer algo al respecto. En los primeros años, su edad y su falta de creatividad maliciosa, no le habían dejado muchas alternativas, así que, a regañadientes y sin comprender para qué, se sentaba desde las ocho de la mañana diariamente a memorizar vocablos que percibía inútiles. Luchaba contra la resaca del sueño todavía fresco y repetía sin razonar las frases llenas de diptongos agudos que la maestra pronunciaba. Años después su malicia e ingenio aumentaron casi tanto como el desagrado que sentía por el idioma. Conforme el niño forjaba su personalidad individual, se cuestionaba más el sentido de la pérdida de tiempo que implicaba la materia. Ahora ya no sólo era gramática sino también Historia y Biblia. Todo en *yidish*. El profesor les hablaba de Moisés y de la zarza ardiente; de cómo se volvió tartamudo por llevarse a la boca los dedos quemados para aliviarlos del fuego divino del discernimiento; de cómo quiso aprovechar su tartamudez para evadir la misión que Jehová le imponía y cómo éste designó a su hermano como intérprete ante Faraón para consumir finalmente, por medio de su retórica, la liberación del pueblo de Israel. La anécdota bíblica en sí le parecía fascinante; lo que Aarón seguía sin aceptar era la imposición del idioma, cuando podían haberla leído en hebreo, en su versión original, o en alguna de tantas buenas traducciones al español. Por eso, al ir creciendo y en conjunto con su mejor amigo, ideaba formas de escapar del suplicio de la clase sin que el profesor lo notara: se turnaban para entrar – una semana uno, otra semana el otro –, contestando “presente” como ventrílocuos al llamado de la lista de asistencia en nombre de los dos; sobornaban a la secretaria con chocolates para que cambiara la calificación de la boleta; se inscribían en el coro, en el grupo de bailes regionales o en lo que fuera, cualquier cosa que ocupara las horas del martirio. Más tarde, con la adolescencia, comenzaron las protestas abiertas a sus padres: ¿para qué el *yidish*? ¿qué tontería es ésta de invertir tantas horas en la vida de una persona para aprender una lengua que ni a idioma llega, que no es lengua oficial de ningún país, que nadie lo habla, que no sirve para nada? Con mi abuelo puedo hablar español, no necesito esto, lo habla tan bien como cualquier mexicano. Además su lengua original no es el *yidish* sino el polaco; nació en Polonia, no en Yidisheland. A ver, por qué no mejor nos dan clases de polaco; por lo menos con eso, el día que vaya a Polonia, me voy a poder comunicar. En *yidish* nadie me va a entender. Nadie. En el mejor de los casos me van a dejar hablando solo si no es que me escupen en la cara al reconocer el idioma. *Et cetera, et cetera, et cetera.*

Al llegar al último año de la preparatoria, el último en la *Yidishe Schule*, la actitud de Aarón hubiera continuado igual de no haber sido por un evento que marcó su vida como un rito de paso. No fue en sí el viaje lo que lo transformó,



sino ese encuentro que el azar puso en su camino. Estaba finalmente en Polonia y exactamente como lo previó un par de años atrás, sus posibilidades de comunicarse con alguien del país eran nulas. El *yidish* estaba descartado de antemano, tanto por las advertencias recibidas antes de salir de México, como por el miedo a que su profecía se cumpliera completa, con todo y escupitajo en la cara. Estaba ahí para participar en *La marcha de la vida*, una caminata de miles de personas de todo el mundo que hacía su primera parada en Auschwitz para recordar y rendir homenaje a los muertos en los campos de concentración nazis y la segunda en Jerusalén, en el Muro de los Lamentos, para festejar la independencia del estado de Israel. Debido a tantos años de educación judía, Aarón tenía una conciencia bastante extensa sobre el Holocausto, pero su sentimiento al respecto no había aflorado aún: no era una cuestión de frivolidad o desprecio, era más bien una indiferencia cultivada por una vida protegida y sin incidentes; sus intereses de juventud no contemplaban el pasado. De hecho, a este viaje había decidido asistir con un espíritu vacacionista, social y aventurero, a pesar de saber muy bien que no era ésa la finalidad.

En fin, el asunto es que el día de la marcha su visión de las cosas cambió drásticamente: primero, porque ni el más frívolo de los hombres podía sustraerse del sentimiento de unión que experimentaron tantas personas de diferentes lenguas y países que marcharon juntas; eran como un individuo gigante que fundía el sentir personal de cada uno en un silencio de sepulcro y homenaje. Segundo porque el *kadish*, pronunciado en ese contexto, cobró un sentido que nunca antes había comprendido, que aún no entendía, pero que reconocía en algún lugar dentro de sí. Y tercero porque de pronto, después de terminar la oración, entre los sollozos colectivos, escucharon una voz femenina en un *yidish* limpio y sin acento que preguntaba: ¿quiénes son ustedes? ¿qué hacen aquí? Unos antes y otros después, todos los marchantes dirigieron su mirada a la reja donde la señora hablaba también entre sollozos. El tiempo pareció detenerse y, sin siquiera pensarlo, Aarón se encaminó hacia la reja y le contestó, también en *yidish*, lo que preguntaba. Le dijo quiénes eran todos ellos, por qué estaban allí; le habló de identidad y de la importancia del recuerdo, de perpetuar la memoria a manera de exorcismo. Le habló como se le habla a una abuela querida. Ella también dijo muchas cosas de las cuales él solamente entendió algunas, no por el idioma sino por el contenido. Le dijo que ahora ella no tendría que volver más, que sus anotaciones ya no eran necesarias, que la misión que ella casi había dado por perdida, estaba siendo cumplida por todos ellos en conjunto. Le contó muchas cosas más: de cómo saltó de un tren que la hubiera traído a Auschwitz para morir a los dieciocho años; de sus parientes desaparecidos, cuyos rostros jóvenes permanecen en su memoria con el mismo semblante que los vio por última vez hace cincuenta y cuatro años; de su



escondite dentro de un montón de paja durante meses interminables. Hablaron durante largos minutos. Cada frase que Aarón decía y que la anciana contestaba, era pronunciada en *yidish* e inmediatamente él la traducía al español, un compañero suyo al inglés, otro al hebreo y otro más al francés, para que nadie se quedara sin comprender las palabras, sin aprehender su contenido; como si al traducirlas conjuraran lo ominoso e impedirían que los quemara por dentro, que les abrasara la lengua.

* * *

El ente colectivo se transfigura sin retorno. Él descifra el código de la comunicación como a través de un puente de palabras y con ello integra un individuo más a la masa que formamos todos, a la vez que cierra el círculo y sella una etapa en la Historia. En este instante expandido no sólo cruzamos la línea entre generaciones, quebrantamos también la frontera que separa el hecho de su relato y a éste de la comprensión de quien escucha.

Poco a poco todos volvemos al silencio, la anciana también. Deposita su cuaderno en manos de Aarón, el intérprete, y no tiene que decir más. Ella también ya es parte de nuestro ser simultáneo.

* **Ivonne Saed** é designer, escritora, tradutora, professora e fotógrafa. É autora do romance *Triple crónica de un nombre* (Lectorum, 2003) e do livro de ensaios *Sobre Paul Auster: autoría, distopía y textualidad* (Lectorum, 2009). Seu documentário *Naïve*, 2011, fez parte de *Object Stories*, projeto do Museu de Arte de Portland, EUA. Produziu *Vida Sefaradí: a Century of Sephardic Life in Portland*.